

RINCONES DE ATIENZA (I) EL ÁBSIDE DE LA TRINIDAD

Fernando Cámara Orgaz

Hacía tiempo, mucho tiempo que no volvía a Atienza. Más de 14 años, y eso era demasiado. No pocas veces recordaba la altiva población castellana enseñoreada por su inexpugnable castillo roquero a modo de vigilante impertérito, forjada en mil y una historias. Tierra lejana con una atmósfera especial donde los veranos son agradables y los inviernos se agarran duro. Población que tiene mucho de mágico y de esotérico, formada por las fuerzas telúricas, que te traslada a un tiempo pasado siempre añorado por las gentes del lugar. Andar por sus calles es recorrer la historia, empaparse de acontecimientos forjados por la pátina del tiempo. La última vez que había estado en la población fue un frío invierno, en el transcurso del trabajo para un libro sobre Guadalajara, donde terminé en la explanada del castillo que inspiró parte de su introito: “Casi a la caída de la tarde, aún tuve tiempo de subir a lo más alto y tomar algunas fotos aprovechando los últimos rayos solares entre el reclamo persistente del halcón peregrino que terminó del todo por trasladarme a aquella lejana época llena de avatares e intrigas. Al final, cuando el disco solar desaparecía por la sierra del Alto Rey, mi pensamiento quedó proyectado sobre la inacabable llanura por donde un día el Cid pasara camino del destierro, quedando también impresionado con la visión de Atienza y su castillo inconquistable”.

Habíamos quedado con D. Agustín para que nos abriera la Trinidad. Andaba ya con los achaques de la edad y portaba una llave grande, muy grande, para un mundo, el actual, que se empeña en condensar todo en tarro pequeño. Al descender por aquellos escalones gastados apareció ante nosotros una imagen antigua, medieval, como sacada del túnel del tiempo: el ábside de la Trinidad bajo un cielo gris plomizo y, al fondo, dos árboles austeros que no desentonaban en absoluto del momento y del lugar. Las dos figuras desaparecieron poco a poco frente al muro de piedra mientras me deleitaba con aquella obra preciosa y antigua donde se condensaba todo el saber de los alarifes y canteros que desarrollaron las claves del románico.

Un arte recogido en sí mismo, casi gestual, hecho por el pueblo y dirigido al pueblo, que abarca cronológicamente desde comienzos del siglo XI a finales del XII, aunque en nuestro país se prolongó hasta bien entrado el XIII. Arte de caminos y peregrinos atraídos por las santas reliquias que se introduce a través del Camino de Santiago. El primer arte constructivo considerado internacional, producto de las experiencias del arte carolingio, unido a la tradición visigoda y romana que tanto influirá en el arte asturiano. Es el románico hispano símbolo de la repoblación acontecida a partir de las conquistas de Alfonso VI a finales del siglo XI. El de las altas tierras de Guadalajara está muy influenciado por los ámbitos soriano y segoviano. Arquitectura de gran fortaleza y aspecto macizo, construida en piedra. Las iglesias son magníficos edificios a ojos de los fieles que viven en casas de materiales pobres. Es el de estas tierras un románico aprendido, sin planos, ejecutado por albañiles cuyo saber pasa de padres a hijos, materializado en un singular románico rural en forma de iglesias austeras de pórticos donde se alojan portadas y arquivoltas, muchas veces figuradas, ventanas angostas y ábsides semicirculares que emulan hacia el interior el mundo celestial.